

Vicente Verdú, el Apocalipsis y el templo de Facebook.

No estamos en una crisis, sino en la madre de todas las crisis: el Apocalipsis.

Lo dice Vicente Verdú en un libro titulado *El capitalismo funeral (La crisis o la Tercera Guerra Mundial)*¹; y escrito por placer: “Puesto que las cosas se hacen por alguna razón, deseo decir que este libro ha sido escrito por el gusto de pensar esta época y el disfrute de escribir en sí” (p. 11).

El disfrute de pensar y escribir sobre el Apocalipsis. Porque, según Vicente Verdú, estamos ya en el fin del mundo (de *un* mundo; que es un infierno en realidad):

“[...] decadencia, paro y muerte” (p. 14).

“La corrupción (política, económica, religiosa, deportiva, municipal), la proclamada pérdida de valores en la juventud, la decadencia de la escuela, de la justicia, de la moral pública, la degradación hiperconsumista, el hiperindividualismo, el relativismo, la muerte del planeta, los videojuegos, el apaleamiento de las focas [...]” (p. 22).

“[...] pero algo va anunciando que la gran explosión se halla cerca y será inevitable de un momento a otro, tal como el desorbitado precio de los pisos o los corruptos campos de golf deshaciendo las huertas como plagas [...]” (pp. 22-23).

La causa de este terrible desaguado no sería económica, según Vicente Verdú, sino mucho más profunda (inaccesible a las desconcertadas mentes de los economistas actuales; que no saben nada). La causa sería ésta:

“Dios, en cambio, lo sabe todo. Nos ve y nos juzga, de modo que no pocos analistas y cientos de millones de ciudadanos corrientes piensan que probablemente la crisis deba interpretarse como un castigo que recae sobre la codicia, la depravación, el materialismo, el consumismo y el general desenfreno en que ha venido a parar la sociedad sin fe” (pag. 84).

¿Fe en qué, cabría preguntar ahora a Vicente Verdú? Parece que en el progreso, en el “verdadero progreso”, “ya inscrito en la naturaleza bañada por el amor de Dios” (p. 85):

“¿O es que alguien sigue pensando que el mundo no posee un diseño ya determinado y se comporta, por el contrario, como un meteorito sin dirección? De este último concepto pagano, ciego y sordo, ha ido valiéndose la sociedad en el XX, crecientemente ateo. Por si no bastaran dos guerras mundiales,

¹ Vicente Verdú: *Capitalismo funeral (La crisis o la Tercera Guerra Mundial)*, Anagrama, Barcelona, 2009.

hambrunas y epidemias, cambios climáticos y desaparición de especies, he aquí la hecatombe más locuaz” (*Ibíd*).

Dios. Parece regresar el malhumorado Dios del Antiguo Testamento. El justiciero. El que ama o no. Dependerá si se es bueno o no.

Y la crisis. Ella sería manifestación del poder y de la ira de Dios. Pero lo insólito de esta crisis final de todas las crisis capitalistas sería que, en este caso:

“La ira de Dios no se dirige selectivamente, a la manera más o menos cuidadosa del pasado, sino que también Dios ha ingresado en una fase de desesperación en la que el proceder de su proteico cerebro coincide con el desguace general” (*Ibíd*).

¿Es, por tanto, Dios y sólo Dios la solución a esta descomunal crisis del sórdido capitalismo? ¿O es que todo depende de la fe que tengamos –los humanos pecadores- en Él? Pero, ¿no había diseñado Dios ya el progreso? ¿No había bañado ya la naturaleza (lo que hay, según el marxismo) con su amor y su inalterable diseño? ¿Qué papel juegan los seres humanos en todo esto? ¿Cómo pueden ser pecadores en un sistema que viene ya diseñado en todos sus pormenores evolutivos? A estas retorsiones teológicas no se somete Vicente Verdú. Y no tiene por qué. De hecho este autor se alista a la tradición ensayística, en un sentido que él reconoce “literal” (el intento de decir algo correcto sobre algo). Pero dice más, se protege más, exagera mucho más, antes de encadenar sus capítulos sobre la dichosa crisis: “Este libro viene a ser lo contrario de la especialidad, la profesión y el rigor”.

Dichosa crisis que, una vez leída esta obra, será tal –dichosa- en un sentido casi religioso. Dichosa porque parece llevar en su fuego apocalíptico un nuevo mundo de maravillas que ahora, aquí en el infierno, son inefables. Vicente Verdú nos habla de una nueva era que se nos presenta como un auténtico regalo de Dios. Bueno, no solo de Dios. No sólo Él sería el referente para salir ya de este infierno, o para transmutarlo alquímicamente en paraíso:

“Ignominia y pecado mundano que se corresponde con la necesidad de un correctivo divino. Un Pecado del capitalismo materialista y el consumo transgresor ante el cual Marx llega con Dios cogido del brazo. Uno y otro se reencarnan como dos caras del mismo personaje, ente gemelo que habiendo pronosticado, cada cual por su cuenta, el fin de la lujuria explotadora y el advenimiento de la revolución o la redención, proclamaban a la vez la inexorable transformación expiatoria para acceder a un mundo bueno. Uno y otro, Dios y Marx, Marx y Dios son hoy, contra todos los expedientes, los grandes referentes de Verdad” (p. 143).

¿Y qué nos trae, según Vicente Verdú, esta divinidad bicéfala? ¿Cómo debemos imaginar la nueva era? Según pasamos las páginas de *Capitalismo funeral*, nos vamos sintiendo embriagados por las brisas de una novísima primavera. Lo que al principio

parecía ser una vibrante poetización del Apocalipsis que es la “Crisis” (pongamos mayúscula), se va convirtiendo en una entusiástica profecía. Huele a nuevo entre las llamas, las cenizas y la “sangre humeante”.

Vicente Verdú asegura que el “funeral del capitalismo es sin distinción el fin de una época, puesto que lo fracasado no es un orden de desarrollo económico o social sino el desarrollo del orden conocido” (p. 149). Y sigue diciendo, a continuación, que “toda respuesta a la situación por venir adquiere caracteres absurdos. El organismo que se hallaría en trance de aparecer no se parece a nada”.

A nada. Pero algo podemos ir viendo ya de eso que está por aparecer. El Apocalipsis, por así decirlo, cada vez iría oliendo más a Génesis, a primavera absoluta, cuyas primeras e insólitas flores serían Facebook, Wikipedia -y wikiloquesea, mientras sea wiki-: seres humanos en red, en redes planas –cuanto más planas más virtuosas- accesibles desde pantallas planas de ordenadores que, por lo que nos dice Vicente Verdú, harán honor a su nombre, desde una perspectiva casi teológico-genésica. Ellos ordenarán, reordenarán más bien, supongo, el orden divino. Divino y marxista.

¿Pero hubo alguna vez desorden? ¿No estuvo siempre desplegado el algorítmico diseño de Dios?

¿Vía de acceso a esta nueva colectividad salvífica? La pantalla del ordenador: una luz que Vicente Verdú parece llamar “especular”: la “extimidad”: una suerte de intimidad extática que opera saliendo de la caverna de este infierno capitalista en dirección a la luz de nuestra pantalla de ordenador. Allí estarían, esperándonos como comunidades de ángeles co-laboriosos, las nuevas redes sociales, la colectividad vertebrada horizontalmente (todo siempre horizontal, rusioniano), sin jerarquías, sin órdenes: una especie de rusioniana aldea digital purificada de todo el hedor masculino-individualista-competitivo-materialista-autoritario: una nueva “Humanidad” beatificada por la democracia absoluta. Y nadie, individualmente, sabiendo nada: “Ninguna verdad de las decisivas cabe ya en la cabeza de nadie” (p.163).

Pero, ¿es que hay alguien que sepa qué cabe en una cabeza humana?

La colectivización absoluta nacida gracias a la red de redes. ¿El fin del hombre, de ese hombre con chaleco que quiere seguir siendo individual, con un yo bravo como el de Unamuno?

Dios y Marx satisfechos, seguramente, de haber cohesionado, por fin, esos egocéntricos/pecadores- yoes que le importaban a Unamuno (otro gran creyente en creer en Dios). Nietzsche horrorizado, solitario, en sus montañas, en su Filosofía y Poesía sin red.

Parece que para Vicente Verdú esa teocéntrica y neomarxista colectividad que comparte sin rubor su “eximidad” inaudurará una nueva era: por fin, ya, accederemos quizás a lo que se merece la condición humana. Pero toda gran obra –aunque sea divina- tiene su coste. El Apocalipsis que retumba en las cifras del paro y en el apaleamiento de

las focas va a acabar también con los coches. No los coches que se humillan, que aceptan ser nuestros siervos, sino los que nos esclavizan con su poder de seducción hiperconsumista, los que rugen con sus motores de potencia irracional, los que hacen soñar. Los “coches-coches” los denomina Vicente Verdú. Hay un capítulo especialmente desgarrado, nostálgico, brillante y divertido. Se titula “El fin del coche”. En este ambiguo réquiem al autor se le nota especialmente afectado. Y especialmente genial: “estos coches eléctricos, silenciosos, aquilatados, representan una suerte de mundo sin sexo”.

Cabría preguntarse si lo que se avecina en la nueva era de la que habla Vicente Verdú en *Capitalismo funeral* serán “hombres-hombres” o, por así decirlo, “wikihombres”; o “neo-humanoides” pintando “extimidades” en los fríos muros sin materia de ese nuevo templo llamado Facebook.

David López

Sotosalbos, 2010.